

ficarse de indiferencia. Tal es el efecto que habian producido en las tropas dos años de continuos combates.

Poco despues vi llegar un gran número de unionistas prisioneros, algunos de los cuales estaban heridos, pero parecia que ya se habian hecho amigos de los vencedores, pues observé que cambiaban entre sí el tabaco y los cigarrillos. Entre los federales vi á un coronel que tenia el rostro horriblemente desfigurado, y oí que uno de aquellos prisioneros decia á otro que le dirigia una pregunta: «Ya estamos bien arreglados para hoy.»

Á eso de las cuatro y media avistamos á Gettysburg, y poco antes nos habiamos reunido con los generales Lee y Hill, que acababan de tomar posicion en una de aquellas alturas que dan al paisaje que nos rodea un aspecto especial. Desde aquel punto veiamos al enemigo retirarse á las colinas opuestas apresuradamente en medio de los gritos de los confederados. La posicion del enemigo debia ser, á no dudarlo, muy fuerte, y me pareció que apoyaba su ala derecha en la cima de una empinada colina que se eleva á la derecha de Gettysburg.

El general Hill acaba de llegar y me ha dicho que sus dos divisiones habian empeñado un combate con el enemigo, rechazándole á una distancia de cuatro millas, despues de hacer un gran número de prisioneros y coger varias banderas. Añadió que los federales desplegaron esta vez mas energia que nunca en su resistencia, y me señaló un campo en cuyo centro se veia un solo hombre con la bandera de su regimiento. Á su alrededor se habian reunido otros soldados que se batieron desesperadamente, y cuando al fin tuvieron que huir, el abanderado se quedó el último, y se retiró lentamente, volviéndose con frecuencia hácia los separatistas que avanzaban sobre él y á quienes amenazaba con el puño. El general Hill me decia que le causaba pena ver á un hombre tan valeroso esponerse así á la muerte.

El general Reynolds, uno de los mejores jefes del ejército federal, acaba de morir en el campo de batalla: mientras estábamos hablando trajeron un parte del general Ewell, en el cual se recomendaba al general Hill que dirigiese un ataque de frente contra el enemigo, mientras que él lo haria por la derecha. Este movimiento se hizo con bastante lentitud, pero como los unionistas se habian atrincherado fuertemente, ya era demasiado tarde para combinar un ataque en regla.

Las tropas de Ewell acababan de ocupar á Gettysburg, y el pueblo estaba lleno de muertos y heridos del ejército unionista; yo subí á un árbol desde donde podian dominarse todos los alrededores, y me formé una idea de la posicion del enemigo, aun cuando los bosques de pinos me impedian ver á las tropas que ocupaban las alturas.

Ya era de noche cuando cesó el fuego por una y otra parte: yo acompañé al general Longstreet y á su estado mayor al cuartel general que acababa de establecerse en Cash-town, pequeño pueblo situado á ocho millas de Gettysburg; las tropas, diseminadas á lo largo del camino, iban á ponerse en marcha hácia las posiciones que debian ocupar al dia siguiente.

En el encuentro de este dia habianse hecho seis mil pri-

sioneros y cogido diez cañones, tomando parte en la accion veinte mil confederados y dos cuerpos de ejército del enemigo. Este era el preludio de la gran batalla del dia siguiente. Llegada la noche, y cuando estábamos cenando, el general Longstreet habló de la posicion del enemigo, manifestando entre otras cosas que era formidable, y que no dudaba se aprovecharan las horas de la noche para aumentar los medios de defensa. Los oficiales del estado mayor confiaban en la victoria, y el sentimiento general del ejército era un profundo desprecio por un enemigo á quien habia vencido tantas veces haciéndole experimentar sensibles pérdidas.

JUEVES 2 DE JULIO.— Á las tres y media de la madrugada ya estábamos todos de pié, y antes de amanecer ya habiamos almorzado; Lawley queria montar á caballo á pesar de su indisposicion, y el austriaco y yo llegamos á las cinco al mismo punto donde estuvimos la vispera; el capitán Schreiber, del ejército prusiano, que tambien me acompañaba, se subió conmigo á un árbol. Precisamente debajo de este los generales Lee, Hill, Longstreet y Hood celebraron á poco un consejo de guerra; los dos últimos llevaban su baston blanco segun la costumbre americana, y tambien vi al general Heth, que, aunque herido en la cabeza, queria asistir como espectador á la batalla del dia siguiente.

Á las siete de la mañana recorri una parte de la llanura con el general Longstreet, el cual dió sus instrucciones á la division Law designando la posicion que debia ocupar en el próximo combate. El enemigo coronaba las cercanas colinas, y entre estas y los separatistas estendianse algunos valles cultivados; la derecha de los federales se apoyaba en un cementerio, y su izquierda en una elevada roca, segun me pareció desde lejos.

Los confederados formaban un semicírculo en una linea de cinco á seis millas de estension: Ewell dirigia el ala izquierda, con su cuartel general en una iglesia de elevada cúpula, que segun creo es la de Gettysburg; Hill se hallaba en el centro y Longstreet en el ala derecha; las eminencias que se veian á nuestro lado, cubiertas de pinos hasta la cima, terminaban en una suave pendiente. En cuanto á las tropas, ocultábanse enteramente entre los árboles, pero mientras el enemigo estaba perfectamente atrincherado, los separatistas no tenian ante sí ninguna obra defensiva. Hasta las cuatro y cuarenta y cinco minutos de la tarde reinó un silencio de muerte, y nadie hubiera creído que miles de hombres y una numerosa artilleria iban á comenzar su obra de destruccion á una hora tan avanzada.

Solo estaban presentes dos divisiones de Longstreet y las de Law y Hood, pues la de Pickett formaba la retaguardia. Como se habia empleado toda la mañana en disponer las tropas para el ataque, yo entretuve el tiempo dando un paseo á caballo con el coronel Manning y el mayor Walton, y de paso tomamos por alimento algunas cerezas, mientras que nuestros caballos se aprovechaban tambien del abundante pasto que allí habia; despues nos bañamos en una corriente de agua cristalina, mas no sin cierto temor por mi parte, pues no ignoraba que estábamos fuera de las lineas, y por consecuencia espuestos á una sorpresa de

la caballeria. Á eso de la una encontré en el camino á una porcion de prisioneros unionistas y supe que pertenecian al cuerpo de ejército de Sickles.

Á las dos de la tarde el general Longstreet me envió á decir que si queria ver bien la batalla debia subir al mismo árbol de la vispera, y siguiendo el consejo, permanecí allí en observacion en compañía de Lawley y del capitán Schreiber. Segun ya he dicho, reinó el silencio mas profundo hasta las cuatro y cuarenta y cinco minutos, y ya comenzá-bamos á dudar que hubiese ningun encuentro aquel dia, cuando de pronto dejóse oír en el ala derecha de Longstreet un nutrido cañoneo; poco despues rompió tambien el fuego el ala izquierda, y habiendo contestado el enemigo con igual furia, estendiéndose por toda la linea el estruendo de la fusileria. Eleváronse luego espesas nubes de humo que no bastaba el aire á disipar; oíanse estallar algunos obuses, y el estampido de los cañones atronaba el espacio, impidiendo que se oyeran las voces de mando de los jefes.

Apenas hubo comenzado el fuego, el general Lee fué á reunirse con el general Hill, que se hallaba bajo nuestro árbol, y allí permaneció todo el tiempo, tan pronto mirando con su antejo como conversando con su compañero, no sin dirigir alguna vez la palabra al coronel Long de su estado mayor. Por lo general acostumbra á sentarse solo bajo un árbol. Yo observé que mientras duró el fuego el general Lee no espidió un solo mensaje ni recibió mas que un parte: sin duda tendria por costumbre arreglarlo todo de antemano y convenirse con los jefes, autorizando á cada uno para obrar segun las circunstancias.

En lo mas fuerte del tiroteo una banda de música de los separatistas, que se habia situado entre el cementerio y nosotros, comenzó á tocar polkas y vales, lo cual produjo un extraño efecto, como es de suponer, con el estruendo de las descargas. Á las cinco y cuarenta y cinco minutos pareció que la calma iba restableciéndose poco á poco en el ala izquierda y en el cementerio; por la derecha, las repetidas descargas nos daban á entender que la infanteria de Longstreet seguia avanzando, y á juzgar por la direccion del humo, hubiérase podido creer que los separatistas ganaban terreno, pero á eso de las seis y media, la columna hizo un movimiento retrógrado. Poco despues de las siete, el general Lee recibió de Longstreet un parte con estas tres palabras: «¡Todo va bien!» Una media hora antes de la noche el fuego comenzó á disminuir en todas direcciones, cesando luego del todo.

Mas tarde supimos que el general Longstreet habia vencido al principio todos los obstáculos apoderándose de varias baterias y desalojando al enemigo de sus posiciones, mas apenas alcanzado este triunfo, el jefe separatista se habia visto en la precision de abandonar el terreno conquistado, así como tambien los cañones cogidos al enemigo, escepto tres. Las tropas habian marchado en seguida á ocupar el terreno donde se hallaba el enemigo por la mañana. Todos sentian mucho ver al general Longstreet esponerse de la manera que lo hacia, arriesgando á cada momento su vida: hoy ha conducido él mismo á un regimiento al asalto de una bateria, con el sombrero en la mano y á la cabeza de la

columna de ataque. El general Barksdale ha muerto en el campo de batalla y Semmes está herido, pero la mayor pérdida es la del general Hood, que atravesado el hombro de un balazo desde el principio de la refriega, ha sido retirado inmediatamente del lugar del combate por algunos de sus bravos, sumidos en la mayor desesperacion. En este momento me dirijo á caballo con mi amigo Lawley al campamento del general en jefe, donde se halla Longstreet con la mayor parte de su estado mayor.

El mayor Fairfax llegó á las diez de la noche de muy mal humor, pues se veia en la precision de custodiar mil ó mil quinientos prisioneros cogidos durante el dia, y entre los cuales se hallaba un general á quien uno de sus soldados acusaba de hallarse en tal estado de embriaguez, que habia espuesto á sus tropas al fuego de sus mismas baterias. Semejante acusacion, sin embargo, no merece mucho crédito de parte de un hombre que se cuida poco del efecto que pueden producir sus palabras, y que no tiene inconveniente de prodigar los juramentos cuando es para servir su causa. Poco despues vimos llegar un sinnúmero de caballos y mulas, capturados segun creo por el general Stuart, el cual tuvo el atrevimiento de acercarse á la distancia de seis millas de Washington.

VIERNES 3 DE JULIO.— Á las seis de la mañana me dirigi á caballo con el coronel Manning hácia el terreno tan disputado la vispera, y que al fin pudo reconquistar el enemigo. Aun no se habian llevado todos los muertos, pues vi una porcion de ellos, y pude observar que algunos soldados respiraban aun, si bien sus heridas no dejaban la menor esperanza. Entre estos últimos vi varios unionistas cuyo uniforme se asemejaba al de los zuavos; sus ojos vidriosos y sus miradas fijas me causaron una dolorosa impresion.

Poco despues nos reunimos con el estado mayor de los generales Lee y Longstreet, los cuales se ocupaban en reconocer el terreno, tomando sus disposiciones para un nuevo ataque. Como formábamos un grupo bastante numeroso, era natural que llamásemos la atencion de los tiradores enemigos, que nos saludaron con algunas descargas dos ó tres veces; una granada prendió fuego á un edificio de ladrillo que habia en nuestras lineas y estaba lleno de heridos unionistas, los cuales, á no dudarlo, perecerian entre las llamas. El coronel Sorrell está ligeramente herido, mas no por esto ha dejado de seguir batiéndose durante todo el dia; al mayor Walton le han matado el caballo.

El plan de ataque de la vispera era muy sencillo en mi concepto; reduciase á romper primeramente el fuego de las baterias en toda la linea y hacer luego avanzar las dos divisiones de Longstreet y una parte del cuerpo de ejército de Hill. La distancia entre los cañones de los confederados y la posicion de los federales podria ser de una milla al menos; el terreno ligeramente accidentado permite que la artilleria juegue libremente, y el objeto principal era flanquear este espacio para comenzar el ataque. La division Pickett debia romper la primera el fuego y guiar á la columna entera, mientras los generales Heth y Pettigrew, del cuerpo de ejército de Hill, cooperarian en el mismo sentido. La division Pickett no constaba entonces sino de cinco

mil hombres, pues se habían destacado dos brigadas á otros puntos.

Á medio día el general Longstreet anunció que ya estaban tomadas todas sus disposiciones; las tropas acababan de formarse en orden de batalla, y descansaban á la sombra de los árboles; en las baterías esperábase solo la señal de romper el fuego, y entonces el general bajó de su caballo para reposar algunos instantes. El capitán Schreiber y yo montamos á caballo con el objeto de ir á buscar una posición desde donde pudiéramos presenciar el espectáculo sin estar espuestos al peligro, y despues de caminar media hora sin hallar un sitio conveniente, nos decidimos al fin por la iglesia de Gettysburg, en cuyo punto había establecido Ewell su cuartel general. Íbamos ya á entrar en el pueblo cuando oímos de pronto repetidas detonaciones por las cuales pudimos comprender que el cañoneo que entonces comenzaba era, si cabe, mas violento que el de la vispera, y poco despues nos encontramos en medio de un fuego cruzado que nos obligó á retroceder. De repente estallaron dos obuses y la bala de uno de ellos fué á herir al oficial que nos guiaba, lo cual nos convenció de que cualquiera otra posición sería mejor que la que habíamos elegido. Un muchacho de doce años que iba en nuestra compañía, parecía gozarse de un modo diabólico en ver cómo estallaban los obuses, y cada vez que sucedía esto, lanzaba descompasados gritos de alegría. Despues no le volví á ver ni pude saber tampoco quién era.

El camino que conduce á Gettysburg se hallaba cubierto de cadáveres de los unionistas, los cuales debían hallarse allí desde muchas horas antes, á juzgar por el olor que exhalaban los cuerpos. Decidimos volver á la colina donde estábamos la vispera, pero reflexionando luego que para ver todas las peripecias del combate y juzgar mejor, era preciso aproximarnos al centro de la acción, resolví ir á situarme cerca del general Longstreet. Serían entonces las dos y media de la tarde, y despues de haber pasado por delante del cuartel general de Lee y su estado mayor, seguí caminando á través de los bosques y hácia el punto donde me parecía haber dejado á Longstreet. Á los pocos pasos encontré una porción de heridos que volvían de sus líneas de batalla, y que pedían con acento lastimero un médico; cuanto mas avanzaba, aumentábase mas el número de aquellos, y al fin llegué á un punto en donde los vi pasar á centenares. Algunos iban en angarillas, otros se apoyaban en el brazo de sus camaradas, y no pocos, en fin, eran conducidos en parihuelas y escoltados por los individuos del cuerpo de sanidad.

El combate continuaba con la misma violencia; las balas tronchaban á cada momento las ramas de los árboles bajo los cuales se cobijaban los heridos, causando á veces entre ellos no pocos destrozos; yo vi todo esto en menos tiempo del que se necesita para describirlo, y aunque me sorprendiera encontrar tantos heridos, aun no había visto bastante para formarme una idea exacta de toda la extensión de mal. Al aproximarme al general Longstreet observé que uno de sus regimientos avanzaba en buen orden á través de los bosques para ir al ataque, y creyendo que era llega-

do el momento para verlo bien todo, dije al general, que *hubiera sentido mucho perder aquella ocasión.*

Longstreet se hallaba de pié sobre un monton de ramas de árbol y mostraba una sangre fria imperturbable; al oír lo que decia, me contestó sonriendo: «¡Diablo! decís que no *hubierais querido perder esta ocasión, pero yo os aseguro que siento mucho se haya presentado, pues el enemigo acaba de rechazar nuestro ataque! ¡Vedlo vos mismo!*»

Por la primera vez pude abarcar de una sola mirada todo el espacio comprendido entre las dos posiciones, y vi á los confederados volver lentamente y con aire triste y abatido á las líneas que ocupaban antes del combate. Sin embargo, no era allí donde se hacían mayores destrozos, sino en la retaguardia. El general me dijo que la division Pickett había conseguido al principio desalojar al enemigo y apoderarse de sus cañones, pero que veinte minutos despues se había visto en la precisión de retroceder, arrastrada por las tropas de Heth y Pettigrew, que se retiraban en desorden.

Apenas se concibe una sangre fria como la del general Longstreet en circunstancias tan críticas como las en que se hallaba, y amenazado por el enemigo, que hacía sus preparativos para perseguir á los separatistas. Entonces, y solo entonces, pude apreciar en su justo valor la exactitud del apodo con que designaban á este jefe los que le llamaban *bulldog* (perro de presa); las dificultades parecían exasperar á Longstreet en vez de acobardarle.

Cuando me acerqué al general, no estaba en su compañía sino el coronel Walton, pues los demás oficiales habían ido á desempeñar diferentes comisiones del servicio: poco despues llegó el general Latrobe á pié, porque le habían matado el caballo, y de lo mismo se quejaban el coronel Sorrell y el capitán Gorce. El general Longstreet adoptó inmediatamente las medidas que le parecieron mas oportunas para resistir el ataque que se esperaba y al efecto hizo avanzar algunas piezas de artillería, reuniendo á los soldados dispersos que habían abandonado sus filas. Aun me parece estar viendo al general Pettigrew, que acudía presuroso á decir á Longstreet *que le era imposible obligar á sus soldados á volver á la carga*, á lo cual respondió Longstreet: «¡Muy bien! ¡no importa! dejad á vuestra gente donde está, pues el enemigo que viene sobre nosotros sabrá muy bien reunirlos y ahorraros este trabajo.» Entonces pidió de beber, y yo me apresuré á ofrecerle un poco de rom que llevaba en un frasco de plata, rogando lo admitiese en recuerdo de aquel momento. El general Longstreet se sonrió, y tuve la satisfacción de que aceptara mi oferta, despues de lo cual expidió varias órdenes á la division Law.

Entonces fui á reunirme con el general Lee, que acababa de llegar y tomaba informes acerca de las causas del desastre sufrido. Si la conducta de Longstreet había sido admirable, la del general Lee era á no dudarlo sublime; ocupábase en reunir á sus tropas desbandadas, trataba de animarlas con sus palabras amistosas, veíasele recorrer solo toda la línea de batalla, y siempre sereno y de buen humor, no dió señales de enojo ni de abatimiento. Lee decia por lo general á sus soldados: «Todo se arreglará, amigos míos, mas por ahora es preciso que os reunais á fin de

rechazar al enemigo.» Exhortaba tambien á los heridos á que se cuidaran ó empuñaran el fusil si aun les era posible, y vi á muchos soldados saludarle con el mayor respeto, aplaudiendo sus palabras.

Al acercarse á mí me dijo: «Coronel, hemos tenido un mal día, muy malo en verdad; pero no podíamos contar siempre como segura la victoria.» Dichas estas palabras, me aconsejó que buscara un sitio mas seguro, porque ofrecía peligro permanecer allí.

Aquel reciente descalabro no impedía al general Lee ocuparse de otras cosas mas insignificantes: así, por ejemplo, á un oficial que pegaba á su caballo porque no podía dominarle, le dijo en voz alta: «Amigo mio, es inútil que le maltrateis así; yo he tenido un caballo como el vuestro, y sé por experiencia que los golpes no sirven de nada.»

En aquel momento vi llegar al general Wilcox (el cual viste siempre un paletot y un sombrero de paja usado), que venia presuroso á dar cuenta de su brigada; el general Lee le cogió amistosamente la mano y le dijo: «No importa, general; *todo lo que ha sucedido es por culpa mia; yo soy quien ha perdido esta batalla, y ahora es preciso que me ayudeis á salir del apuro.*» Así es como el general Lee trataba de infundir valor á sus abatidas tropas, cargando con toda la responsabilidad. Era imposible verle ú oírle sin admirarle.

La posición de los confederados era entonces verdaderamente crítica, y si el enemigo hubiera sabido aprovecharse de sus ventajas no sé qué habría sucedido. El general en jefe y sus oficiales no dejaban de conocer que las circunstancias eran apuradas, pero aun cuando así fuese, no se notaba esa confusión y ese desorden que por lo regular suele notarse en un día de batalla. Á poco supimos que los generales Garnett y Armistead habían muerto, que el general Kemper estaba mortalmente herido, y que de toda la division Pickett solo se había salvado un oficial; esta matanza tuvo lugar en el espacio de una milla cuadrada y en poco mas de una hora.

Hácia las seis de la tarde oímos ruidosas aclamaciones en la posición enemiga, lo cual nos hizo creer por un momento que aquello era la señal de avanzar, mas al parecer tratábase tan solo de la llegada de un general á quien veíamos recorrer las filas seguído de unos treinta hombres á caballo.

Poco despues me trasladé al extremo de la línea, donde acababan de apostarse cuatro cañones rayados, pues era muy escasa la infantería: puede ser que la vista de estas piezas esplicase la poca actividad del enemigo. Al instante se acercaron á mí un sargento y una docena de artilleros, que mostraban todos la mayor confianza, á pesar de su crítica situación. Conociase que el sargento deseaba ver avanzar á los unionistas para lanzarles la carga de metralla que tenia preparada, y todos sus hombres hablaban con admiración de la division Pickett y del hecho de armas que había llevado á cabo; cuando veían al general Lee, acostumbraban á decir: «*Tenemos la mayor confianza en nuestro viejo; el descalabro de hoy no le asustará, y no debe dudarse que el tío Roberto nos conducirá á Washington, segun lo ha prometido.*»

Cuando yo estaba hablando con los artilleros, los tiradores enemigos rompieron el fuego avanzando lentamente, y bien pronto las descargas de fusilería nos advirtieron que éramos el objeto de la atención del enemigo y que ya era tiempo de levantar la sesión. Al momento volví grupas y me despedí de aquellos valientes.

Á las siete de la tarde poco mas ó menos, el general Lee recibió un parte anunciándole que la division del cuerpo de ejército de Ewell acababa de obtener notables ventajas en el ala derecha, y por esta razon sin duda había cesado el fuego en el centro. Mas tarde supimos que las descargas eran de las tropas de Hood, que habiendo cercado á un escuadron de caballería enemiga, se complacían en fusilar á los soldados. Dijéronme que de cuatrocientos ginetes solo diez y ocho escaparon de la matanza.

Á las siete y media, y como ya no era de temer el ataque de los unionistas, volví á la tienda de Moses, á quien encontré lo mas abatido que imaginar se pueda, á causa de las exageradas noticias que acababan de circular. En el camino encontré muchos heridos que se mostraban muy inquietos por la suerte del general Longstreet, á quien suponían muerto, pero yo les tranquilicé sobre este punto diciéndoles que su jefe estaba sano y bueno, con lo cual todos parecieron olvidar sus propios padecimientos. Es imposible espresar con palabras la extraordinaria firmeza y resignación con que los confederados sufrían los dolores que les causaban las heridas. Á las diez de la noche tuve la suerte de cenar con los médicos: era el primer alimento que tomaba despues de quince horas.

SÁBADO 4 DE JULIO.—Al romper el día me despertó Moses, el cual se lamentaba de que la caja, que contenía una suma considerable, había sido robada durante la noche. Despues de buscar por todas partes, se encontró por fin en un bosque contíguo, pero la cerradura estaba rota y faltaba el dinero; al doctor Barksdale le habían robado del mismo modo, y á no dudar, los autores del robo serían esos desertores ó merodeadores que, en vez de entrar en fuego, solo se ocupan en saquear y se jactan luego de haber sido los héroes de las batallas.

Lawley, el austríaco y yo, fuimos, á eso de las ocho, á dar un paseo á fin de recorrer toda la línea, y no tardamos en encontrar al general Longstreet, que estaba muy alegre y del mejor humor. El enemigo acababa de enviar un parlamentario, anunciando entre otras cosas *que el general estaba herido y prisionero, pero que se le cuidaría mucho*, á lo cual contestó Longstreet inmediatamente, que estaba muy agradecido, pero que no hallándose ni herido ni prisionero, no tenia necesidad de las atenciones del enemigo, pues se bastaba á sí propio. El general Longstreet tiene ciertamente una naturaleza de hierro, y diríase que puede pasar sin alimento y sin sueño: algunos oficiales del estado mayor se quedaban literalmente dormidos al apearse de sus caballos, estenuados por la fatiga de tres días de continuo ejercicio.

Mientras que Lawley iba al cuartel general á evacuar ciertos asuntos, yo me quedé conversando con el general Pendleton, jefe de la artillería, quien me indicó el número de cañones utilizados la vispera, añadiendo que los de á doce

eran los mejores para el servicio de campaña, y asimismo me dijo que casi toda la artillería de los confederados se había cogido al enemigo, ó bien procedía de la fundición de cañones viejos de á seis capturados en la primera campaña.

Á las diez de la mañana volvió Lawley del cuartel general, anunciando que el ejército se pondría en marcha por la noche para volver á Virginia; la falta de municiones obligaba á los jefes á tomar esta medida, si bien estaban seguros de que aun les sería preciso rechazar algún ataque del enemigo porque era el aniversario del 4 de julio. Habíanse dado al efecto las órdenes oportunas para que los bagajes y todo el tren de campaña se condujeran á Cashtown, y ya se empezaba á efectuar el movimiento siguiendo el camino de Fairfield.

La division Johnson había evacuado durante la noche la posición conquistada la víspera; parece que después de haberse apoderado del cementerio había seguido ocupando este punto hasta el momento en que hubo de abandonarlo por faltarle el auxilio de la division Pender, cuyo jefe estaba herido. Á consecuencia de esto, todo el ala derecha se vió precisada á retroceder.

Á la una, poco mas ó menos, comenzó á llover á torrentes y fuimos á refugiarnos á la casa de un pobre campesino de Pennsylvania que estaba llena de soldados, los cuales, muy lejos de pensar en una retirada, hablaban por el contrario de Washington y de Baltimore, como si debiesen entrar muy pronto en estas ciudades. Á las dos de la tarde fuimos al campamento del general Longstreet, que se hallaba en el camino de Fairfield.

El general habló conmigo largamente de la batalla y me dijo, entre otras cosas, que había cometido la torpeza de no concentrar suficientemente su ejército y de atacar con quince mil hombres una posición para la cual se necesitaba cuando menos el doble. El ataque se había comenzado por tres puntos á la vez, y las tropas del cuerpo de ejército de Hill, que abandonaron el terreno, eran todas bisonas que no habían entrado nunca en fuego. Longstreet estaba seguro de que el no haber atacado el enemigo á su vez consistía principalmente en la presencia de la artillería confederada, pero que de haberlo hecho después del movimiento retrógrado, hubiera podido resultar un desastre. El general añadió que en su concepto había hecho muy bien Meade en no avanzar con sus tropas, las cuales no habrían podido resistir el espantoso fuego de la artillería.

En los tres días últimos se han cogido mas de siete mil prisioneros á los federales; tres mil quinientos han sido puestos en libertad bajo palabra, y los demás han marchado á Richmond, escoltados por un destacamento de la division Pickett.

La verdadera causa del descalabro sufrido por los separatistas es debida principalmente, así esta vez como las demás, al soberano desprecio que les inspiran sus enemigos.

Hemos visto pasar durante todo el día una porción de carros, caballos, mulas y toda clase de ganado cogido en Pennsylvania, única ventaja real y positiva que se había sacado de la campaña. No pude menos de admirarme al con-

templar el inmenso botín de Ewell: el desfile de todos aquellos objetos diversos parecía interminable; no veíamos nunca el fin, y era evidente que no podríamos ponernos en camino hasta entrada la noche. Cuando empezó á estar oscuro, nos colocamos todos alrededor de una hoguera y vi los partes enviados por diferentes generales anunciando que el enemigo se retiraba: el general Law manifestaba que había visto muchos piquetes de caballería.

Todo esto, no obstante, no podía influir para que cambiase su plan el general Lee, pues necesitaba sobre todo abastecerse de viveres y municiones, porque aquella vez, contra su costumbre, no le había sido posible hacer su provision con la del enemigo, y como por otra parte se hallaban interceptadas sus comunicaciones con Virginia, hacíase preciso replegarse sobre Winchester y sus alrededores á fin de buscar todo cuanto necesitaba. Precisamente el general Milroy había dejado en dicho punto, al abandonarle precipitadamente algunas semanas antes, una considerable cantidad de provisiones, y asimismo se encontró un enorme wagon lleno de despojos de Pennsylvania, que era absolutamente preciso trasportar á la opuesta orilla del Potomac.

Poco después de las nueve comenzó á llover á torrentes; Lawley y yo tuvimos la suerte de cobijarnos en la tienda de uno de los médicos, y á eso de la media noche pudimos al fin ponernos en camino.

DOMINGO 5 DE JULIO.—La noche ha sido mala; se oye el fragor de los truenos; el fulgor de los relámpagos viene á rasgar de vez en cuando la densa oscuridad de la noche; el agua cae á torrentes inundando los caminos; en algunos puntos llega el lodo hasta las rodillas, y á cada momento nos detienen los carros ó los furgones. Lástima me daba ver á los soldados que por fuerza tenían que seguirnos, y avanzábamos con tanta lentitud, que tardamos ocho horas en recorrer el mismo número de millas.

Á las ocho de la mañana hicimos alto en los alrededores de Fairfield, cerca de una montaña, y apenas habíamos empezado á encender fuego, vinieron á decirnos que íbamos á ser atacados por la caballería unionista. En efecto, de allí á poco comenzaron á silbar las balas sobre nuestras cabezas, pero no podíamos descubrir de dónde partían los tiros; media hora después nos anunciaron que el magnífico botín de Ewell acababa de ser recobrado por los federales, y esta noticia aguijoneó á los conductores de furgones de tal modo, que apretaron el paso de una manera extraordinaria.

Los tres médicos parecían decididos á no echar pié á tierra, pero hostigados por el hambre y teniendo en cuenta también que en el caso de una sorpresa del enemigo sería mas fácil escaparse, resolvieron reunirse con nosotros. Poco después avanzó de frente un cuerpo de caballería confederada, y estuvo tiroteándose algún tiempo con una avanzada unionista á fin de dejar el camino libre.

Al medio día llegaron los generales Lee y Longstreet, y se detuvieron cerca de nosotros, reuniéndose luego con el general Ewell, que no tardó en presentarse también y á quien veía yo por la primera vez. Ewell es un veterano como se ven aquí pocos; de cabeza calva, nariz prominente, mirada salvaje y rostro enfermizo: como ha perdido una pierna,

suele caerse con frecuencia del caballo, y cuando se apea de este anda con muletas. Ewell era el brazo derecho de Stonewall Jackson en la pasada campaña, y le profesaba un profundo cariño, tratándole siempre con la mayor franqueza. Cuando le vi llegar estaba muy enojado por la pérdida que acababa de sufrir y no quería recibir consuelos ni aun del general Lee. Después de haberme reunido con Longstreet, monté en el caballo de Lawley, y á eso de las tres me dirigí hácia la montaña: á las cuatro llegamos á un punto donde el camino se bifurca; por una via se va á Emmitsburg y por la otra á Hagerstown.

El mayor Moses y yo entramos luego en una casa de campo donde había algunas mujeres, dos unionistas heridos y un muerto, de resultados de la escaramuza de la mañana: uno de los pacientes tenía en la cabeza una herida horrible y el otro padecía de una contusión en la rodilla; este último, que era irlandés, me dijo que había servido en el ejército europeo de Bengala durante la revolución de las Indias, y entonces formaba parte del regimiento de caballería de Michigan, pareciéndome que estaba imbuido en todas las preocupaciones que tienen los americanos respecto á los vejámenes de los irlandeses y otras cosas parecidas. Dijo-me además que las tropas del Norte no tenían buenos oficiales, y que era opinión general en el ejército, que Mc Clellan volvería á encargarse del mando.

Las mujeres que estaban en la casa eran ardientes abolicionistas, y de esto pude convencerme porque al pasar el mayor Fairfax á caballo, y al informarse de si el muerto era unionista ó confederado, le contestó una de aquellas haciendo un gesto despreciativo: «¿Os parece que si fuera un rebelde estaría mucho tiempo aquí?» Al oír esto contestó el mayor Fairfax: «Es así cómo se espresa una mujer al hablar de un muerto que no puede hacer daño á nadie?» Al oír estas palabras, ruborizose la interpelada y repuso que no debía tomarse en serio lo que acababa de decir.

Á las seis nos pusimos de nuevo en marcha y alcanzamos á Longstreet á las siete y media. Los soldados caminaban apresuradamente, sin que pareciese molestarles en lo mas mínimo la humedad ó el barro, é iban tan contentos como si les sonriese la fortuna; muchos de ellos llevaban un retrato de Lincoln, y lo pasaban de mano en mano burlándose de la *belleza personal* del tío Abraham.

Cuando hicimos alto para pasar la noche, aun se oían en la retaguardia las descargas de los tiradores; el general Longstreet ordenó que se preparase la cena para él y su estado mayor, pero cuando pensábamos sentarnos á la mesa, vimos que el general Law y sus oficiales se habían adelantado á nosotros y terminaban su banquete á toda prisa. Sin embargo, no pasó mucho tiempo sin que nos sirvieran también á nosotros, pues el posadero desaba complacer al general, con la esperanza de que por su recomendación evitaria la destrucción de todo su moviliario, confiscado ya por el inexorable Moses.

Mientras cenábamos entraron precipitadamente varias

mujeres exclamando: «¡Oh bondad divina, ya están matando nuestros cérdos! ¿Dónde está el general? ¿Dónde está el oficial mayor? ¡Ya nos han quitado nuestras vacas!» Á todo este diluvio de exclamaciones contestaba el general, moviendo la cabeza con aire melancólico: «¡Es verdad, señoras, es cierto; todo esto es muy enojoso seguramente, pero hace dos años que en Virginia sucedieron cosas semejantes.»

Aquella noche dormimos al raso, y ni el agua que caía á torrentes fué bastante para interrumpir nuestro sueño. No me es posible atravesar las líneas enemigas á pesar de la tregua que se nos ha ofrecido, y me hallo en una situación crítica porque se me acaba la licencia.

LUNES 6 DE JULIO.—Esta noche han robado muchos caballos y poco faltó para que el mio sufriera la misma suerte; es preciso estar muy alerta si se quieren evitar semejantes contratiempos. No nos hemos puesto en marcha hasta las seis y media, y avanzamos con mucha dificultad porque el camino está obstruido por los carros de transporte, la mayor parte de los cuales han sido recobrados de nuevo por el general Ewell.

Á las ocho y media nos detuvimos á descansar dos horas, y los generales Lee, Longstreet, Hill y Wilcox se reunieron en consejo; á medio día nos detuvimos de nuevo para comer cerezas, único alimento que tomamos aquel día desde las cinco de la madrugada hasta las once de la noche.

He visto al general Hood en su coche: tenía muy mala cara y parecía haber sufrido mucho; los médicos dudan que pueda volver á servirse del brazo. También vi al general de caballería Hampton, que tenía una herida de bala en el costado y otras dos de arma blanca en la cabeza, lo cual no le impedía estar de muy buen humor.

Un poco antes de llegar á Hagerstown, oyéronse descargas en la vanguardia, y la alarma fué tal, que por un momento se creyó que ya llegaba la caballería enemiga; algunos heridos, saltando de sus camillas, cogieron sus fusiles, que siempre llevaban al lado, y se disponían á batirse.

Después de una escaramuza que duró bastante tiempo, aunque fué insignificante, fuimos á situarnos en una colina que domina á Hagerstown, y vimos á la caballería enemiga que salía rápidamente del pueblo, perseguida por los confederados.

Por delante de nosotros pasaron á poco muchos unionistas prisioneros: uno de ellos, que era teniente de caballería, iba fumando un cigarro y se distinguía por su elegante uniforme y su cabello perfectamente cuidado; este oficial hacía un extraño contraste con los hombres de su escolta, que parecían mendigos. Á las siete de la tarde atravesamos á caballo las calles de Hagerstown, donde vimos una porción de caballos muertos y algunos soldados moribundos; á una milla mas allá hicimos alto para descansar un rato, y el general Longstreet destacó cuatro batidores á fin de que explorasen el camino por donde debía dirigirse el ejército; el jefe les mandó que volviesen cuanto antes fuera posible para darle cuenta de lo que hubiesen visto ó oído.